

EL HOMBRE DE NIEVE.



Imprenta de BLONDEAU.

Dibujo hecho en la aldea de Brientz, por KARL GIRARDET.

La infancia es en todas partes la edad dichosa; todas las estaciones, todas las latitudes la convienen y la pagan su tributo de fiestas. No hay mas que ver en medio de los horrores del invierno á esos pobres pastorcillos suizos: la tierra está cubierta de nieve que ha caído por la noche, es decir que les ha llegado la dicha mientras estaban durmiendo: por la mañana pisaron la blanca al-

fombra al ir á la escuela; pero cuántas distracciones y cuchicheos no ha habido entre ellos mientras duraba la clase! todos han leído mal, no han sabido ajustar una cuenta, y han emborrinado sus planas pensando en su proyecto para la salida; nadie estaba atento mas que á la idea de construir un hombre de nieve, y nunca las horas les parecieron tan largas.

T. I.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

Por fin el maestro despide á sus chiquillos impacientes; todos se apresuran, corren, y salen gritando: «Aquí! aquí!... no, mas allá!...» La nieve se ha endurecido un poco, pero sin embargo se necesita un punto de apoyo para elevar el gigante, y se elige un puesto que permita respaldarle contra una pared. Inmediatamente todos ponen manos á la obra; se junta la nieve, se la lleva y se la amontona. La base se va elevando poco á poco, y cuanto mas va adelantando la obra tanto mas se animan los trabajadores. Mas de un espectador les anima con su presencia; una madre con sus niñas les está mirando desde una galería cercana, riéndose de uno que se sopla sus manitas heladas, y de otro que levanta una patita entumecida: unos hacen ruido y otros trabajan; unos mandan y otros ejecutan.

Cuando empiezan las dificultades es al tratarse de colocar una cabeza sobre aquellos vastos hombros. La cuadrilla se aprovecha de las ventajas de la posición para llegar por detrás á la cima del Goliath. Por último, el cuello y la cabeza se van dibujando poco á poco; todos quieren abrir los ojos y la boca de Gargantua; todos quieren ponerle la nariz en forma de cogollo de berza.

La escoba que sirvió para reunir los materiales de construcción, se convierte en insignia del hombre de nieve, porque no se debe sufrir que viva como un holgazán sin ningún empleo; en lo sucesivo se le encargará el cuidado de limpiar todos los caminos de la aldea.

Pónenle un cesto en la cabeza, y estrepitosas carcajadas resuenan por todas partes cuando le ven llevar con gravedad aquel sombrero burlesco. En cuanto á él, como es un viejo, todo lo permite y sufre con paciencia que el mas revoltoso y listo de toda la turba le plante en la frente un ramo de acebo que siempre está verde; emblema irónico y engañoso en verdad, porque no hay en el mundo una grandeza mas efímera que la del hombre de nieve. Si por ventura logra escapar á los caprichos destructores de los que le edificaron con sus propias manos, no resiste sin embargo al soplo de la primavera.

*Et neige, il vit enfin ce que vivent les neiges
l'espace d'un hiver. (1)*

Mas de una leyenda sobre el hombre de nieve existe en el país de los lagos y las montañas. Vamos á contar una á nuestros lectores, una muy conocida en L... al pié de los Altos Alpes.

Unos jovencillos aldeanos tales como los que hemos visto, habían elevado su coloso, y ya estaban á punto de ponerle el ramo, cuando acertó á pasar por aquel sitio la vieja Lisbeth, encorbada bajo el peso de un haz de leña seca para la lumbre, que le había costado mucho trabajo recojer, con motivo de tanta nieve como había caído; lo que había causado la alegría de los niños, había arrancado mas de un suspiro á la pobre viuda.

La vieja lanzó al pasar una mirada oblicua á la monstruosa figura, y viendo entre la turba al nieto de una difunta amiga, le dijo:

— ¿Qué fantasma es ese, amiguito Frantz?

— Es vuestro marido que viene á buscaros, tía Lisbeth,

— respondió el chiquillo alegremente.

— ¡Ojalá! — repuso la vieja en medio de las risas de toda la turba; pero cuando se hubo apaciguado un poco

¹ Y nieve, no vive mas que lo que viven las nieves — el espacio de un invierno.

la algarazara, Lisbeth que se había acercado junto al chiquito Frantz, le dijo con su voz cascada y temblorosa:

— Hijo mío, acabas de ofender á una pobre vieja, que te lo perdona y ruega á Dios te perdone también; pero con la muerte no se juega; ántes de que ese hombre de nieve se deshaga, podría suceder muy bien que fuese á reunirme con mi buen Sigrist allá arriba; desgraciadamente no soy yo la sola que esté amenazada por la muerte: ¡Dios conserve la vida á tus parientes! Adios amiguitos míos, no hagais locuras y divertíos.

Un silencio profundo siguió á las palabras de la buena mujer, sin que volviera á comenzar el alboroto hasta que ella estaba muy lejos. Frantz estaba apesadumbrado; no se volvió á reír, no gritó mas, y fué el primero que se retiró.

A decir verdad, las palabras que había soltado no eran propias de su edad ni de su carácter; él mismo estaba asombrado de lo que había dicho. Algunas veces parece que el demonio se apodera de nosotros y nos gobierna á su capricho: se obra y se habla como si se estuviera dominado por una influencia diabólica, y despues se cree haber soñado, cuando uno se acuerda de la falta cometida. Mas sin embargo, el mal está ya hecho, y no hay otro remedio que cargar con la culpa, porque ningún corazón recto puede tranquilizarse con esta cobarde y vulgar excusa: «Fué una tentación del demonio.» Frantz sin haber profundizado estos misterios, conocía que era culpable, y estuvo muy triste toda aquella noche, sentado en un rincón de la chimenea.

Su madre, la piadosa Margarita, que no tenía otro hijo que él, le había estado observando en silencio, y bien luego había podido conocer que estaba apesadumbrado; pero al cabo de varias preguntas, Frantz exclamó de repente con mucha presteza:

— Madre mía, quisiera estar despierto mañana mas pronto que de costumbre, porque tengo que cumplir un deber; — y como despues de haber dicho estas palabras Margarita vió qu su hijo volvía á su alegría acostumbrada, no se cuidó mas de lo ocurrido, y ni siquiera le preguntó cual era aquel deber.

A la mañana siguiente Frantz, sin esperar á que le llamasen tantas veces como todos los días, se levantó con presteza, se vistió y salió sin decir palabra. Durante la noche había nevado mucho mas, y los caminos estaban impracticables; pero en vez de desanimarse por ello, se dijo para sí:

— Tanto mejor; con eso tendré mas que trabajar, ya que he merecido ser castigado; y despues estando tan malo el tiempo, es seguro que Lisbeth no podrá hacer por sí lo que yo vengo á hacer en su lugar.

Una hora despues Frantz cargado con un haz de leña seca que había recojido en el bosque de la aldea, entreabrió la puerta de Lisbeth y la dijo arrojando en la cocina el hacedillo, aunque sin entrar:

— Aquí os traigo esta leña, tía Lisbeth, porque el tiempo está muy malo para que salgais hoy de casa.

Y dicho esto se retiró sin dar tiempo á la buena anciana para que le viera.

Lisbeth no había reconocido la voz pero tenía demasiada experiencia y penetración para no conocer desde luego que el que tan bien la trataba aquel día debía ser el mismo que la había ofendido la víspera. Siempre despues de la falta llega el arrepentimiento; esta es la marcha natural de la humanidad. Así pues, Lisbeth no dudó en ningún modo

que era Frantz el que la había hecho aquel presente.

Sin embargo, á la mañana siguiente la puerta volvió á abrirse de nuevo y un segundo haz cayó en la cocina, sin que el que lo trajo pronunciase esta vez ninguna palabra.

— ¡El es! — dijo la anciana proponiéndose el estar en acecho al siguiente día; pero Frantz fué mas diestro que ella, y en tanto que Lisbeth apartaba del fuego la leche caliente, arrojó su haz y se marchó ántes que ella hubiera podido verle ó alcanzarle.

— ¿Cuándo acabará esto? — decia la buena mujer tan agradecida como asombrada.

Por último al cuarto día logró cojer la mano del desconocido que hacia grandes esfuerzos para escapar.

— Vas á entrar, — le decia, — ó si no quieres que te dé las gracias no me traigas mas leña.

Frantz acabó por entrar y la anciana continuó:

— ¿Qué significa eso, hombrecito?

— Quería que me perdonarais, tia Lisbeth.

— Ya te dije que estabas perdonado desde que te se escaparon aquellas palabras.

— Si, pero no por eso estoy seguro de que Dios me haya perdonado tambien.

— ¿Conque tú crees que Dios es ménos bueno que yo?

— No, pero sé que Dios es mas justo.

— Vaya no tengas cuidado, hijo mio; el Señor te tendrá en cuenta lo que has hecho, porque cuanto mas vivo es el sentimiento tanto mas segura es la gracia.

— Hasta mañana, tia Lisbeth.

— No, hijo mio, no quiero que me traigas mas; bastante has hecho.

Frantz soltó una sonrisita cuando ya estaba léjos, é hizo un ademan queriendo decir que no obedecería. Sin embargo al dia siguiente no pareció y la anciana lo extrañó mucho, porque no creía que haria caso de lo que le dijo. Bien hubiera deseado saber la causa de aquella novedad, pero no quiso ir á informarse por temor de hacer ver al niño que le había esperado, y este escrúpulo la tuvo en su casa todo el dia.

A la mañana siguiente Frantz no vino tampoco, aunque es verdad que el tiempo estaba horrible; hacia un viento fuertísimo y la nieve caía en espesos torbellinos.

— No, pues el mal tiempo no le habrá detenido — decia para sí la buena mujer, espiondo el momento en que pudiera salir un poco á la calle para averiguar la verdad; mas por la noche subió de punto su inquietud al ver al padre de Frantz que volvía corriendo hácia su casa seguido de un hombrecillo grueso y barbudo que la pobre Lisbeth conocia muy bien.

— Alguien hay enfermo en casa de Matías, — dijo la vieja mirando por la vidriera de su ventana: — Dios quiera que no sea Frantz; llevan á Juanillo para curarle; á ese charlatan que porque sangra un caballo ó una vaca, cree que puede mezclarse en curar al jénero humano. ¡Ah, pobre Sigrist, si no hubieras hecho sus remedios, aun estarías en este mundo con nosotros!

Lisbeth, despues de haber hecho estas reflexiones, salió de su casa hasta llegar á la de su vecino donde se prometia saber lo que pasaba en casa de Matías. En efecto, Frantz habia caído enfermo de repente, y habian llamado á Juanillo para que le viera. La pobre anciana, á pesar del mal estado de los caminos quiso arrastrarse hasta en casa de Margarita. Las fuerzas le faltaban ya cuando llegó delante del hombre de nieve, cuya vista acabó de trastornarla.

Para escusar un poco su debilidad, debemos decir aquí que los muchachos habian tenido la singular idea de plantar, en vez de la escoba, una guadaña vieja, y de adornar su enorme cabeza no con un cesto sino con un abeto cuyo tronco unia la cabeza y el cuello con el cuerpo, y cuyas ramas cargadas de nieve formaban un especie de fúnebre penacho sobre aquella grande figura. De este modo habia motivo para asustarse, en la disposicion de ánimo en que se encontraba la buena mujer, de noche, bajo un cielo sombrío, y con el recuerdo de lo que se habia dicho pocos dias ántes enfrente de aquel fantasma.

— ¡Dios mio, haced que no se cumplan mis tristes profecías! — murmuró Lisbeth, trémula de angustia mas que de frio. Entónces llamó á un vecino caritativo que le dió el brazo para sostenerla hasta llegar á casa de Matías. La anciana entró sin hablar palabra y se sentó algunos momentos á descansar en un rincon oscuro, donde nadie la vió porque todos estaban ocupados con el enfermo. Al cabo, cuando se sintió con algunas fuerzas, se acercó lentamente á la cama que estaba en una pieza contigua, donde tuvo tiempo de considerar algunos instantes al pobre Frantz, porque Juanillo estaba dando órdenes que sus padres se apresuraban á ejecutar.

Lisbeth hizo algunas preguntas al niño que respondió sin reconocer á la persona que le preguntaba; luego le cojió las manos para tomarle el pulso: tenia dolor de cabeza y de garganta, una gran calentura y convulsiones. La anciana se retiró moviendo la cabeza, y se entró en la cocina para ver qué clase de remedio era aquel que preparaban con tanto afán; y en efecto, vió que estaban calentando un puchero de vino tinto que Juanillo probaba de cuando en cuando para saber si era de buena calidad.

— No le daréis á beber eso, — dijo vivamente Lisbeth; y esta exclamacion que hizo estremecer á todo el mundo, llamó la atencion sobre ella de la familia y del doctor.

— No le daréis á beber eso, — repitió con mas enerjía.

— ¿Y porqué, tia Lisbeth? — preguntó el veterinario.

— Porque eso sería un veneno para el pobre niño.

— ¡Un veneno! ¿Soy acaso un envenenador?

— Señor Juan, la viuda de Sigrist no tiene motivos para felicitaros.

— No hagais caso, — replicó Juanillo, — haced lo que yo diga ó de lo contrario no respondo del enfermo.

— Margarita, — dijo la anciana dirigiéndose á la madre, — vuestro niño está con las viruelas, y si le dais á beber eso, le matais.

Margarita se estremeció, é intercedió con el marido que queria mandar á pasear á la vieja, para que se siguieran sus consejos: Lisbeth decia que no era menester hacer ningún remedio, mas que tenerle quieto en la cama, y que se debia dejar obrar á la naturaleza; por fin el padre consintió, y el veterinario salió trinando de la casa.

Lisbeth habia acertado: el niño estaba atacado fuertemente de las viruelas; sus padres pasaron muchos dias y muchas noches á su cabecera, y la vecina acudia tambien todos los dias á la casa aunque sin mostrarse por no causar alguna pena al pequeño Frantz. Una noche cuando se volvía á su morada, y que el tiempo estaba algo blando los rayos de la luna penetraron á traves de las nubes en el momento en que la vieja pasaba junto al hombre de nieve; Lisbeth pudo ver entónces un monton de ruinas, la cabeza, con su extraño tocado se habia desprendido rodando hasta el camino; la guadaña estaba tambien caída

y yacía á los piés del hombre de nieve que no presentaba mas que una masa informe y confusa.

— El fantasma está vencido, — se dijo para sí prosiguiendo su camino; desde entónces concibió un motivo mas de esperanza en sus oraciones de cada noche. . . y en efecto Dios la oyó, y poco tiempo despues Frantz entró en convalecencia.

Una cortinita verde le tapaba por la noche la luz, y al mismo tiempo la persona que velaba á su lado á la cabecera.

— ¿Hace mucho tiempo que estoy enfermo, mamá? — preguntó una voz.

— Tres semanas hijo mio.

— ¿Qué habrá sido de mi pobre Lisbeth, en ese tiempo? Habrá creído que la tengo olvidada, y no es así, no he hecho mas que soñar en hacecillos de leña seca. . . pero ¡ay! mucho tiempo habrá de pasar ántes que pueda reparar los dias perdidos; quisiera que enviáseis veinte hacecillos de mi parte á Lisbeth; y yo los traeré á casa cuando esté

bueno. Acaso debo mi cura á la buena anciana; y lo ofendí; ella me lo hizo comprender, y sin duda el Señor se habrá enternecido de mi arrepentimiento.

Frantz no sabia que estaba hablando á Lisbeth en aquel momento, en tanto que Margarita descansaba un poco; pero como oyó algunos sollozos detras de la cortina, la entreabrió y reconoció á su anciana amiga.

— ¿Y el hombre de nieve, está bueno? — la preguntó.

— Ya no existe, amiguito; su triste tocado se ha caido con su cabeza; y la guadaña está por tierra.

— ¿Y podré construir otro este invierno?

— Creo que sí; porque aun debe hacer frio.

— ¿Qué le pondremos en la cabeza?

— Le tejeras una corona con el rosál de los Alpes que siempre conserva su verdura.

— Ah, sí; pero haré otra cosa mejor todavía.

— ¿El qué?

— Le pondré en el hombro un haz de leña en recuerdo de mi falta, de mi arrepentimiento y de mi cura.

SAN PABLO DE ROMA.



Imprenta de BLONDEAU.

En el camino que conduce de Roma á la antigua ciudad de Ostie, extramuros de la primera de estas dos ciudades, el cruel Neron mandó cortar la cabeza al apóstol San Pablo. El Papa San Anacleto en el año de 403 erigió una capilla en ese mismo sitio, capilla que fué objeto de una piadosa peregrinacion.

Este modesto edificio fué la primera piedra de la basilica con que el emperador Constantino debia honrar despues la memoria del santo apóstol de las naciones.

Muy largo seria enumerar aquí los diferentes trabajos que hicieron ejecutar en esta basilica los Pontífices romanos de todos los siglos.

El horroroso terremoto del año 801 que causó tantos desastres en Italia, arruinó casi del todo la basilica; pero Leon III ayudado por Carlomagno la restableció. El mejor adorno que entóncesse ejecutó fué un baldaquino que coronaba el altar, formado de cincuenta y cinco columnas de plata pura que pesaban mas de dos mil libras, con las es-

tatuas del Salvador y de los dos apóstoles San Pedro y San Pablo, de oro macizo. El arco mayor de esta basilica fué decorado con adornos de plata de mil trescientas cincuenta y dos libras de peso. Tambien habia un crucifijo de oro macizo en el altar mayor que pesaba ciento cincuenta y dos libras.

El 16 de julio de 1823, dos obreros que trabajaban en los tejados, dejaron lumbre encendida por la noche, y la iglesia fué devorada por las llamas. Los mármoles, bronce y mosaicos fueron calcinados por la violencia del fuego, y cinco horas bastaron para arruinar un edificio que contaba cinco siglos.

El Papa Leon XII recurrió á la piadosa jenerosidad del mundo católico para reedificar el templo; pero los trabajos no se emprendieron con vigor hasta el advenimiento de Gregorio XVI. La basilica de San Pablo ha resucitado de sus cenizas mas hermosa de lo que era ántes.

El interior de la basilica tiene la forma de la cruz latina.

Su longitud es de 603 palmos, y su anchura de 308. El palmo romano tiene un poco mas de 8 pulgadas y 3 líneas. Tiene cinco naves; antiguamente, ochenta columnas en cuatro hileras, sostenian las bóvedas de estas naves; pero todo ello desapareció en el incendio, habiendo sido reemplazado con columnas mas ricas todavía. Las capillas son tan hermosas como el edificio todo; pero lo que es muy difícil reemplazar, son las pinturas de todo género, mosaicos, frescos y lienzos que se hallaban en ella.

En la entrada principal de la basílica se están haciendo notables mejoras. Un magnífico pórtico se eleva ante la puerta lateral que mira á Roma, y doce columnas de orden corintio de mármol griego, forman esa majestuosa entrada á la cual se llega por una hermosa calle.

La memoria del grande apóstol de las naciones merece sin duda ninguna un homenaje semejante, y todo nos hace esperar que la obra de la reedificación completa se terminará pronto, con lo cual el templo se volverá mas brillante de lo que lo fué antes de 1823.



Imprenta de Ad. BLONDEAU.

Interior de la iglesia de San Pablo en Roma.

OCTAVIO.

(Véase nuestro n. 22.)

III

Tres dias despues Alberto con una indecible palpitacion de corazon, llamaba á la puerta de la casa que ocupaba el conde de Esparon á la esquina de la calle de Marigny. Al preguntar por él, su voz temblaba tanto que el portero titubeaba en responderle, cuando un hombre que se hallaba en lo alto de la escalera se precipitó á su encuentro. Antes de que Alberto hubiese podido reconocer un rostro, entrevisto mil veces en sus sueños, Octavio le estrechaba en sus brazos y le apretaba contra su corazon mezclando en sus caricias mas palabras tiernas que las que el jóven habia oido en todo el curso de su vida.

Los trasportes de M. de Esparon eran tanto mas vivos cuanto que aquel instante de emocion correspondia admi-

ramblemente con su naturaleza de poeta. Volver á ver á un hijo que habia dejado casi en la cuna y que encontraba en la flor de su juventud, volverle á ver rodeado de circunstancias escepcionales y novelescas que poetizaban su paternidad, y añadian á aquella entrevista todos los atractivos de la novedad, todos los encantos del recuerdo, era para Octavio una de esas buenas fortunas de la imaginacion y del corazon que debian hacerle el hombre mas afortunado de la tierra. Así fué, que habló de una manera sumamente tierna, de su alegría, de su orgullo, de todo lo que habia sufrido esperándole, y de la indemnizacion que recibia en aquel momento. Alberto cuando se atrevió á mirar á su padre, se sorprendió de hallarle tan jóven. A los diez y ocho años se figura uno que todo el mundo es viejo á los cuarenta, y Alberto se habia imaginado un M. de Esparon encorbado por la edad, el trabajo y los padecimientos. Octavio por el contrario, como todos los hom-

bres que sienten que va llegando su vejez pero que se creen destinados á gozar de una eterna juventud por medio de sus triunfos en la poesia y en el mundo, luchaba cuanto podia contra los años. Sus cabellos de un castaño claro, peinados cuidadosamente ocultaban las arrugas que comenzaban á surcar sus sienes, y su mirada viva y su talle elegante completaban la ilusion. Alberto que no podia distinguir el cansancio real que existia bajo aquella facticia juventud, tuvo una idea, que se ocurrió á ambos á la vez, y era la de que M. de Esparon parecia el hermano mayor de su hijo, á quien, gracias á su aire de vigor y á la espresion meditabunda de sus facciones, todo el mundo le hubiera creído de tres ó cuatro años mas de edad de la que tenia. Esta idea que autorizaba entre ambos un poco mas de familiaridad y de abandono, hacia mas graciosas aun las seducciones que desplegaba Octavio, cuya coqueteria un tanto femenina hubiese vencido hasta las prevenciones ó repugnancias que hubiera podido esperimentar el jóven, y esto es lo que el conde temia. Por eso ¡cuanta no fué su alegría y sorpresa cuando al cabo de cinco minutos de atencion comprendió que aquel hijo cuyo afecto creia tener que reconquistar, no deseaba por el contrario mas que amarle!

—Hijo mio, — le decia, —¿con que no te han enseñado á aborrecerme?

Y por toda pregunta Alberto loco de contento le saltaba al cuello.

Cuando ya se calmaron un poco las emociones de esta primera entrevista, Octavio llevó á su hijo al aposento que le tenia preparado. Alberto, que no habia visto en su vida otros muebles que los de Blignieux, se creyó trasportado á májicas rejiones, cuando su padre, despues de atravesar con él una galeria llena de preciosas flores, le hizo entrar en un pabelloncito independiente del cuerpo de la casa, en donde habia sabido reunir. no con la profusion de un hombre rico, sino con el tacto del mundo y la elegancia de un artista, todo lo que podia lisonjear en Alberto un gusto, un sentimiento ó un recuerdo. Hermosas armas de todas las épocas se confundian en trofeos pintorescos con las camelias y las orquideas. Encima de un lindo piano de Roller, un estante de ébano encerraba unos cien volúmenes, elejidos entre los mejores de todas las literaturas, y un cuadro religioso de un antiguo maestro español, se hallaba enfrente de una vista de Blignieux pintada por Pablo Huet, cuyo poético pincel habia sacado un admirable partido de aquella pobre y triste naturaleza.

— Alberto, — dijo M. de Esparon, — esta es tu habitacion. — Desde que concebí la esperanza de verte, he tenido un placer en arreglar todo esto por mí mismo; no hay un mueble ni objeto ninguno que no haya sido escogido por mí. Ahora no me falta para completar mi dicha, sino que todo ello te guste lo bastante para que permanezcas largo tiempo aquí.

— ¡Ah! — repuso Alberto, — sois demasiado bueno para mí; todo me gusta porque es vuestro; pero no necesitaba de ello para que este instante fuese el mas feliz que he tenido en mi vida.

— ¿Me quieres mucho?

— ¡Oh! ¡padre mio!...

Habia en este grito, que pareció dilatar el pecho de Alberto, tanto poder y juventud, que Octavio se estremeció en medio de su alegría. Al ver un entusiasmo tan ardiente, sintió muy pequeño su corazon, y esperimentó como un recuerdo de lo pasado, y acaso algo de espanto por el por-

venir. Sin embargo supo contenerse, y estrechando las trémulas manos de su hijo entre las suyas, exclamó:

— Ahora necesitas algun reposo; ¡quiera el cielo que los primeros momentos que vas á pasar bajo este techo sean serenos y tranquilos!

Y luego prosiguió en voz baja:

— Alberto, estoy seguro de que, á pesar del cansancio del viaje, vas á escribir á Blignieux; da gracias en mi nombre á la que no está aquí...

Nada habia sido olvidado; aquella mano diestra habia sabido tocar alternativamente todas las fibras del corazon de Alberto.

— ¡Ay! — decia el jóven, — hasta ha pensado en ella, ¡en tanto que yo hace una hora que la tenia olvidada!...

Y poco faltó para que en medio de su admiracion y arreperimentimiento, Alberto no creyera que hasta con respecto á su madre, Octavio valia mas que él. (Se continuará.)

INFLUENCIA DEL DERECHO FRANCES EN EUROPA.

El Código civil frances rije en Bélgica, en una gran parte de la Alemania y en muchos Estados de la Italia, habiendo servido tambien de base á la última reforma legislativa de la Cerdeña.

El Código de comercio frances ha sido imitado en España y en Portugal.

El Código penal frances ha sido el tipo del de Sicilia en 1819, del de Parma en 1820 y del de Roma en 1832. — Algunas de sus disposiciones penales han sido adoptadas en el Brasil.

LOS ARMEROS DE TOLEDO.

De un folleto titulado *Notice sur les armes défensives et spécialement sur celles qui ont été usitées en Espagne depuis l'antiquité jusqu'au XVI^e siècle inclusivement*, par M. ACHILLE JUBINAL, distinguido escritor á quien hemos citado ya otra vez en este periódico, tomamos los curiosos pormenores que van á continuacion:

Strabon dice que los iberos no se coaligaban entre si para la guerra, sino que combatian parcialmente con astucia y constancia, siendo sus vestidos tan groseros como sus armas. Cuando los celtas los persiguieron en sus posesiones de la Peninsula, su invasion no modificó sus usos y costumbres; los iberos permanecieron encerrados en sus montañas forjando armas con el oro que estralan de ellas y el hierro que tambien les suministraban. De este modo combatieron sucesivamente y con buen éxito á los fenicios, los cartajineses, los romanos, los godos y los árabes. Entre los romanos eran tan apreciadas las armas de los navarros y de los cántabros, que las adoptaron como suyas, llamando á aquel país montañoso una rejion *Marti et Vulcano adeo amica ut non immento quis illius Dei officinam vocet*. Silio Italico (lib. 3 v. 326) atribuye á los vizcainos la costumbre de despeñar desde lo alto de una roca á todos los ancianos que habian ya perdido su vigor, porque miraban como un ultraje el vivir fuera de la pelea.

Los guerreros asturianos se pintaban la cara con vermellon que sacaban de las orillas del Miño; se dejaban crecer la barba á fin de parecer mas terribles, y llevaban por armaduras las pieles de los animales que mataban en la caza.

Los gallegos por el contrario, siendo un pueblo marítimo, hacian la guerra como los piratas sajones en barcas de madera forradas de cuero; nunca iban sin venablo y combatian siempre valerosamente.

Los íberos del Sud daban á devorar á los cuervos los cuerpos de los guerreros muertos en el campo de batalla; los celtíberos iban al combate revestidos de una túnica negra y los brazos adornados con braceletes, y como dice Diodoro, su traje se completaba con un puñal, una espada de dos filos, un casco metálico, un escudo, botines de cuero con pelo etc., y sus armas eran muy célebres por lo bien templadas.

Para decirlo todo en una palabra, recordaremos aquí que Florus llamó á la España, *seminarium belli et Annibalis eruditricem*; los cartajineses no pudieron vencerla sino atacando una por una todas sus razas.

En tiempo de los godos, el armamento de los combatientes fué poco mas ó ménos el mismo que en tiempo de los romanos y los cartajineses; y únicamente sabemos por algunos historiadores que ese pueblo industrioso y guerrero perfeccionó la organizacion militar.

Los árabes conquistadores usaron la espada recta, corta y casi tan ancha como la de los romanos; y llevaron tambien venablo y maza que abandonaron despues por la lanza larga, el escudo y coraza de los cristianos. En la cabeza llevaban el turbante que los resguardaba de los golpes del enemigo y del ardor del sol. Las sillas que usaban eran altas, ricamente adornadas y guarnecidas con franjas y sederias. Largos estribos pendian de los flancos de sus caballos; tenían por salario el saqueo, y por santo y seña el terror que producía su ataque, semejante á una tempestad que caía sobre el enemigo.

Durante la invasion árabe, los españoles siguieron en sus armas y trajes la marcha de las demas naciones europeas. Cubiertos en un principio con su cota de malla y un casco semejante al que se llama en Francia casco normando, abandonaron luego este traje por la armadura de

hierro colado y el casco de caballería, pero sus frecuentes comunicaciones con los guerreros moros, influyeron mucho en el estilo y adornos de sus armas en los siglos XIV y XV.

Sin embargo, si los armeros imitaron algun tanto á los moros á fines de la dominacion árabe, despues de la espulsion de los moros de Granada, hubo una reaccion á cuyo beneficio los artistas españoles recobraron el carácter de sencillez y severidad, que, tanto en las armas como en los demas ramos de las bellas artes ha sido siempre el distintivo de la península; pero desgraciadamente esta vuelta á la nacionalidad duró muy poco; Carlos V y sus sucesores introdujeron en España el trabajo italiano y flamenco; ornáronse las armaduras á la usanza milanese y se dejó á un lado el gusto de los moros, para tomar con el renacimiento, el dibujo del arte griego y romano.

Despues de Carlos V el arte español, lo mismo que el imperio, perdió mucho de su grandeza y majestad. El esplendor del sol imperial que se fué disminuyendo poco á poco, acabó por eclipsarse del todo, mas sin embargo no por eso dejó de seguirse y cultivarse la fabricacion de armas en España, habiendo maestros muy célebres cuya reputacion se ha conservado hasta nuestros dias.

Hé aquí una lista con los nombres de los armeros mas famosos que trabajaron en Toledo desde la segunda mitad del siglo XVI hasta el XVIII, recogida en los archivos del ayuntamiento de Toledo por don Manuel Rodriguez Palomino, *profesor de pintura y maestro en la ciencia filosofica y matemática de las armas*, como se pone en el libro. Esta lista, á que añadió las marcas de cada armero, tomadas de los cuños orijinales que poseía el ayuntamiento, se halla dedicada al duque del Infantado, Pastrana y Serma. (Véase el grabado que acompaña á este artículo).

NOMBRES DE LOS ARMEROS DE TOLEDO.

1 Alonzo de Sahagun, padre: vivió en 1560.	35 Gonzalo Simon.	68 Ignacio Fernandez, padre.
2 Alonzo de Sahagun, hijo.	36 Gabriel Martinez, hijo de Zabala.	69 Ignacio Fernandez, hijo.
3 Alonzo Perez.	37 Gil de Alman.	70 Luis... de Nivez.
4 Alonzo de los Rios: trabajó no solo en Toledo sino en Cardona.	38 Hortuno... de Aguirre, padre.	71 Luis de Ayala, hijo de Thomas de Ayala.
5 Alonzo de Caba.	39 Juan... Martin.	72 Luis de Velmonte, hijo de Pedro... de Velmonte.
6 Andres Martinez, hijo de Zabala.	40 Juan de Leizade: trabajó tambien en Sevilla.	73 Lus de Sahagun, hijo de Alonzo, padre.
7 Andres Herraez: trabajó tambien en Cuenca.	41 Juan Martinez, padre.	74 Luis de Sahagun, otro hijo de Alonzo, padre.
8 Andres Munesten: trabajó tambien en Calatayud.	42 Juan Martinez, hijo: trabajó tambien en Sevilla.	75 Luis de Nieva: trabajó tambien en Calatayud.
9 Andres Garcia.	43 Juan de Alman.	76 Lupus Aguado, hijo de Mulelo, muy célebre: trabajó tambien en San Clemente.
10 Antonio de Baena.	44 Juan de Toro, hijo de Pedro.	77 Miguel... Cantero.
11 Anton Gutierrez.	45 Juan Ruiz.	78 Miguel Sanchez, hijo de Domingo.
12 Anton Gutierrez.	46 Juan Martus de Garata Zabala, padre.	79 Miguel Suarez: trabajó tambien en Lisboa.
13 Anton Ruy: trabajó tambien en Madrid.	47 Juan Martinez Menchaca: trabajó tambien en Lisboa.	80 Nicolas Hortuno de Aguirre, nieto de Hortuno.
14 Adriano de Lafra: trabajó tambien en San Clemente.	48 Juan Ros.	81 Petro de Toro.
15 Bartolomé de Nieva.	49 Juan Moreno.	82 Petro de Arechiga.
16 C... Alcado: trabajó tambien en Cuella y Badajoz.	50 Juan de Salcedo: trabajó tambien en Valladolid.	83 Petro Lopez: trabajó tambien en Orgaz.
17 Domingo... de Orozco.	51 Juan de Meladocia.	84 Petro de Lazama, trabajó tambien en Sevilla.
18 Domingo Maestre, padre.	52 Juan de Vergos.	85 Petro de Lazaretta, trabajó tambien en Bilbao.
19 Domingo Maestre, hijo.	53 Juanes... de la Horta: vivió en 1545.	86 Petro de Orozco.
20 Domingo Rodriguez.	54 Juanes de Tolledo.	87 Petro de Vilmonte.
21 Domingo Sanchez Clamade.	55 Juanes de Alguiniva.	88 Rogne Hernandez.
22 Domingo de Aguirre, hijo de Hortuno.	56 Juanes Muleto.	89 Sebastian Hernandez, padre: vivió en 1637.
23 Domingo de Lama.	57 Juanes, padre.	90 Sebastian Hernandez, hijo: trabajó tambien en Sevilla.
24 Domingo Corrientez: trabajó tambien en Madrid.	58 Juanes Uriza.	91 Silvestre Nieto.
25 Favian... de Zafia.	59 Julian del Rey: trabajó tambien en Zaragoza. Este armero fué uno de los mas célebres de su tiempo. Tuvo ademas otras cifras que la que se ve en nuestro cuadro, entre otras una media luna.	92 Silvestre Nieto, hijo del primero.
26 Francisco... Ruiz, padre.	60 Julian Garcia: trabajó tambien en Cuenca.	93 Thomas Ayala, vivió en 1625.
27 Francisco Ruiz, hijo, hermano de Antonio.	61 Julian de Zamora.	94 Zamorano, llamado el Toledano.
28 Francisco Gomez.	62 Joseph Gomez, hijo de Francisco Gomez.	95, 96, 97, 98 y 99. Estas cinco marcas pertenecen á fabricantes de Toledo cuyos nombres se ignoran, á pesar de que sus cuños orijinales existen en los archivos de ayuntamiento.
29 Francisco de Zamora: trabajó tambien en Sevilla.	63 Josepe... de la Hera, padre.	
30 Francisco de Alcoes: trabajó tambien en Madrid.	64 Josepe de la Hera, hijo.	
31 Francisco Lurdi.	65 Josepe de la Hera, nieto.	
32 Francisco Cordoi.	66 Josepe de la Hera, hijo del nieto.	
33 Francisco Perez.	67 Josepe de la Hera, hijo de Silvestre.	
34 Giraldo... Reliz.		

La mayor parte de los maestros de que acabamos de hablar, no se contentaban únicamente con poner sus cifras en las armas que fabricaban, sino, que para que no se confundiesen sus obras con las de los paises extranjeros que

tenían las mismas marcas, grababan su nombre en medio de la hoja ó á la estremidad superior tocando al puño. Las cifras mas célebres en España son las del n° 21 (*las tijeras*) que pertenecen á Domingo Sanchez Clamade y las del n° 59 (*la cabra ó el lobo*) de Julian del Rey. La marca del n° 76 que es la de Lupus Aguado, tiene tambien bastante fama.

Las fábricas de San Clemente, de Zaragoza y de Sevilla, fueron tambien muy notables, pero no poseemos sobre ellas ningun documento análogo al que acabamos de dar aquí. Bástenos decir que la España ha disfrutado en lo que concierne al trabajo y buen temple de las armas, de una reputacion que comienza en los cartajineses, sigue con los romanos, y se continua casi hasta nuestros dias.



Imprenta de BLONDEAU.

Marcas de los armeros de Toledo.